

elevada por ser la única que se halla retratada en los escritos de aquel tiempo, que solo tratan de la corte ó de la magistratura. La fuerza del estado llano no fué conocida por el rey Luis, que en vez de dar direccion á su actividad, se empeñó en comprimirla é insultarla; restauró decrepitas ordenanzas, que solo concedian á los nobles soldados el uso de charreteras; y así fomentó los odios populares que debian estallar en tiempo de sus sucesores, como negacion de todo lo pasado, calificando de azote todo poder, de tiranía todo órden, y de envilecimiento toda subordinacion.

CAPÍTULO VIII

Elocuencia y política sagrada. — Bossuet y Fenelon. — El quietismo.

La majestuosa unidad del reinado de Luis XIV, el devoto ardor de las almas, y la importancia que adquirian las cuestiones religiosas en medio de las distracciones sociales y de los manejos políticos, explican el engrandecimiento á que llegó la elocuencia del púlpito. Desde el momento en que esta dejó de abrazar todos los intereses sociales, como en la edad média, y se circunscribió al dogma y á la moral, trocó sus formas várias, libres y naturales por reglas escolásticas y por un pesado fárrago de citas sagradas y profanas, y lugares comunes teológicos, ahogando la elocuencia bajo el peso de la erudicion y el boato. Entró luego el mal gusto del siglo XVII, y resonaron los púlpitos con ridículas metáforas y frivolidades asquerosas. El padre Andres Valladier, cuya celebridad le valió el ser nombrado predicador del rey y elegido para decir la oracion fúnebre de Enrique IV, es lo mas campanudo y ridiculo que imaginarse puede. En la primera semana de cuaresma decia: «Gloriosos y Gloriosas: acá. Tengo que poneros la ceniza en la frente. Señoritas, ¿qué haréis vosotras con este venéreo aparato de vanidad, sino una protesta de vuestra vanidad y de vuestra vileza delante de Dios, cargando y adulterando vuestro bello de ceniza y polvo, embadurnando vuestro rostro de albayalde y de fango, vistiendo de seda el cuerpo, que es el excremento de gusanos nacidos de un grano que no es sino polvo?.... ¿Queréis ver como todo lo vuestro no es mas que orgullo, ambicion, soberbia, hipocresia, esto es, ceniza y polvo? Queréis que crea yo en vuestro cabello ceniciento: ¿hipocresia, farsa detestable! No es sino lirio de Florencia, polvos de Chipre, etc. Queréis hacerme creer que ese color es el vuestro natural: ¿hipocresia, mentira! no es mas que aceite, carmin, albayalde. Queréis parecer altas y mentis, sois enanas: los tacones son los que os levantan del suelo: ¿hipocresia y mentira insoportable, etc.» La coleccion de sus sermones (1612 en 8º) está dedicada á la

A. Valladier.

reina Maria de Médicis en una prolíja carta, donde en tono bíblico describe sus bellezas patentes y ocultas de la manera ménos decorosa (1).

Iguales chocarrerías se encuentran en el padre Besse, Lemosin, predicador de Luis XIII, y otras tantas contienen los cincuenta y dos sermones acerca de El Hijo Pródigo del padre Bosquier de Mons (2). Tambien tuvo fama el padre Andres entre los predicadores de insulseces y juegos de palabras. Explicando la parábola del que va á ver la viña despues que la ha comprado, decia: *Eres un majadero que no fuiste á verla antes de comprarla.* Un dia recomendó á la caridad pública á una niña que *no tenía suficientes bienes para hacer voto de pobreza*, es decir, para entrar monja. Admitaba mas que el milagro de Jesucristo el de san Francisco, que con dos varas de lienzo (la alforja) proporcionaba todos los dias la manutencion á tantos religiosos. En la muerte de Luis el Justo, decia el predicador: «Abstinencia real de los placeres, sol naciente en los abismos, plenitud en el vacío, maná en los desiertos, vellon enjuto donde todo está mojado, vellon mojado donde todo está seco, cuerpo disecado donde los placeres pueden anegarlos, cuerpo empapado en consuelos donde lo deseca la austeridad, etc.» Otro predicador se propuso demostrar que San Pedro fué piedra de cantería, piedra de chispa y piedra cáustica (3). La oracion fúnebre del valiente Crillon, pronunciada el año 1615 en Aviñon por el padre Benig, jesuita, es de las mas burlescas (4). Con un torrente de metáforas alusivas en su mayor parte al escudo, se propone demostrar la elevacion, profundidad, anchura y extension de la magnanimidad de su héroe y exclama: «Adios, Crillon, adios; adios, capitán de las maravillas; adios, maravilla de los capitanes; adios, mi valiente, adios, valiente Crillon; adios, valiente de los valientes.... En qué se ha convertido este gran héroe, esta elevacion de valor ¡cuán abatida!

(1) Véase PEIGNOT, *Predicatoriana*. Dijon, 1841, p. 157.
(2) *Académie des pêcheurs, baslie sur la parabole du prodige évangélic*. El mismo publicó el *Petit rasoir des ornements mondains*; y el *Foiet de l'Académie des pêcheurs*, etc. Juan Pedro Camus, obispo de Belley en 1609, decia en un sermón: «Daré cien santos nuevos por uno viejo, y Après leur mort les papes deviennent des papillons, les sires des sirons, et les rois des rotelets, etc.» En el prólogo de su *Dominical* escribe: «La plume des écrivains est volontiers portée par l'aure de la publique faveur, comme sur l'aile d'un aimable Favonius. C'est ici du biscuit sec, mais succulent; serré, mais substantieux; peu de chair de discours, mais pro de nerfs, de cartilages et de moëlle de concepte. Vous trouverez en ce petit volume des eaux alambiquées et éteintes par l'impreinte d'un parler concis, etc.... navire de mirmécides, qui fait voir toutes les pièces d'un grand vaisseau sous l'aile d'une mouche.»
(3) Entre los libros de los Jesuitas satirizados por las *Provinciales*, se encuentran: «Fusil de pénitence pour battre le caillou de l'homme. — Petit pistolet de poche pour tirer aux hérétiques. — La douce moëlle et la sauce friande des os savoureux de l'Avent.»
(4) Se imprimió con el título de *Bouclier d'hommeur, ou sont représentés les beaux faits de très-généreux, etc... appendu à son tonbeau pour l'immortelle mémoire de sa magnanimité, par un père de la Compagnie de Jésus, etc.* (Véase PEIGNOT, pág. 237.)

esta extension ¡cuán acortada! ¡cuán estrechada esta anchura! ¡cuán allanada esta profundidad!

Al tratar de la Italia nos sobrarán ocasiones de deplorar esta aficion á lo grotesco; pero debemos repetir que los Franceses fueron los primeros aficionados; y no pasarémos en silencio, como uno de los libros mas apreciables (y de estos trata con preferencia nuestra critica), La Filotea, cuyas páginas son un amasijo de historietas, de ejemplos y de alusiones. El santo autor comienza con Glicera, ramilletera, que sabía variar la disposicion y maridaje de las flores hasta el punto de dejar maravillado á Parrasio; viene despues la semilla de la *Palma Christi*, que ningún animal se atreve á gustar; la concha de nácar que mora en el mar, sin recibir en su seno una sola gota de agua; las islas Caledonias donde se encuentran fuentes dulces entre las aguas saladas; los piraustas que vuelan entre las llamas sin quemarse las alas; el cinamomo de la Arabia Feliz que comunica su fragancia al que lo lleva; la tigre que, cuando encuentra uno de sus cachorros que los cazadores la dejan al paso para entretenerla, se lo lleva por grande que sea; Apéles, que se enamora de Campaspe á quien retrataba por mandato de Alejandro; Rebeca que, dando de beber á los camellos de Isaac, merece ser elegida para esposa suya, y recibe brazaletes y zarcillos; así como confia el Santo en que Dios pondrá en las orejas de su alma las doradas palabras de su santo amor, y en sus brazos la fuerza para seguir las con acierto. Todo lo que llevamos mencionado lo dice el autor en cuatro páginas pequeñas.

Por esto son dignos de mayor loa los que no dejándose contagiados por el mal gusto del siglo, revelaron el secreto de la verdadera grandeza: esto es, expresar afectos verdaderos en sencillo estilo. Los oradores profanos carecian de campo en que desenvolver la manifestacion de sus sentimientos personales; tenían que expresarse con arreglo á las ideas que les imponia su posicion social. El sacerdote que, ajeno á las frivolidades de la sociedad, habla de lo divino, puede alcanzar la verdadera elocuencia, la elocuencia de lo íntimo del alma, refiriéndose á la muerte, á la virtud, á la eternidad.

En el siglo de Luis XIV, la religion, ademas del convencimiento, contaba con la eficacia de las leyes; dominaba en los negocios, contribuía tambien á la grande unidad, y ademas estaba tan en moda, que en los círculos elegantes se leían las controversias, y se discutía acerca de ellas. Convenia, pues, que hasta la palabra del predicador fuese elocuente, y estuviera hermo sea por los artificios que podian suavizar el paso de la verdad, por los oídos del príncipe, cuando el púlpito era la única tribuna de la libertad de la palabra; y si bien es verdad que no faltaban aduladores, la dignidad humana no carecia de intérpretes, y habia censuras para los magnates, consuelos para los oprimidos, enseñanza para todos. Dubois, pálido traductor

de Ciceron y de San Agustín, habia escrito reprobando la elocuencia sagrada; refutólo Arnauld con las *Reflexiones acerca de la elocuencia de los predicadores*; pero la práctica fué la que mejor demostró la posibilidad de armonizar los fundamentos de lo verdadero y de lo bello, y erigirse en rey del pensamiento al igual de los reyes del mundo, dominando en la opinion tanto y mas que estos; y en ninguna parte tuvieron tanta influencia como en Francia los oradores sagrados, porque en ninguna parte fueron tan eminentemente franceses.

Ojalá que aquellos hombres ilustres hubieran sabido prescindir de la manía de fundar sus sermones sobre un texto; pero eran muy estimados los que encerraban alguna oportuna alusion, así en los sermones como en las medallas (1). Tampoco supieron prescindir de las divisiones escolásticas, necesarias quizas para un pueblo acostumbrado á discutir acerca de las doctrinas y á querer profundizarlas; pero armonizando la fuerza de lo verdadero con la elegante tersura y la majestad del estilo, empleando los pasajes de la Escritura con tal oportunidad, que mas parecian salidos de su corazón que de su memoria, evitando que el mérito degenerase en rígida simetria, cerniéndose majestuosos hasta lo mas elevado del dogma, apoderándose de las pasiones escondidas en lo mas inextricable del corazón, y presentándolas en su desnudez al asombrado auditorio, ó excitando los mas tiernos afectos, encontraron acentos patéticos y elevados, y por ellos la elocuencia francesa fué la soberana de todas las modernas.

Mascaron participaba todavía del antiguo estilo: sus bellezas de buena ley apenas llegan á compensar sus pretenciosas metáforas. Flechier se presenta ya puro y correcto, mereciendo ser llamado el Isócrates del púlpito, así como Bossuet era el Demóstenes. Flechier, hombre tranquilo en su fe, ajeno á la persecucion y á la ira, observador algo irónico, pero compasivo, no levanta libre su vuelo hasta la majestuosa altura del obispo de Meaux, ni hasta la religiosa solemnidad desde la cual este sublima á los reyes y á los héroes para hacer resaltar repentinamente la pequeñez de las humanas grandezas; antes bien oculta con arte lo sublime bajo lo elegante, aplica el nivel comun á la elevacion, procura la armonía del período y el paralelismo; pero encierra grandes conceptos en frases cortadas, y sabe expresar con tanta claridad los pensamientos profundos como los mas superficiales.

Así como Cheminai fué comparado con Racine por su dulzura, del mismo modo fué comparado con Corneille el padre jesuita Bourdaloue, de Bourges. De costumbres sencillas como la verdad, y ejemplares como la virtud, fué el

(1) El texto de Jeremías aplicado por el padre Larque á la oracion fúnebre del duque de Borgoña, fué celebrado como una maravilla, y produjeron un murmullo de aprobacion las palabras *Depositum custodi*, pronunciadas por Bossuet delante de la regenta.

Mascaron.
1634-1703.

Flechier.
1632-1710.

Cheminai.
1652-89.

Bourda-
loue.
1632-
1701.

único hombre de mérito que no tuvo enemigos ni detractores. Uno de sus contemporáneos dijo que su conducta era la mejor contestación que podía darse á las *Cartas provinciales*. Del mismo modo predicaba en el real alcázar que á los pobres. Bajaba del púlpito desde donde había dirigido la palabra á una corte fastuosa que iba á oírle por moda, por gala, como á buen hablita, y no como á santo, y corría al lecho del mendigo moribundo: sincero con los grandes, misericordioso con los humildes, fué el que ménos sacrificó á las consideraciones mundanas. Sin abandonarse jamas á la imaginación, sigue la vía didáctica; es monótono á veces, y simétrico, casi nunca elocuente; pero nunca débil. Apremia con convincentes racionios, y encamina siempre su idea á algun deber, de manera que presenta un curso completo de moral y de dogma, aun cuando se atempere á su época en lo de racionar alguna vez al modo de los cartesianos. No usa de pálabras y expresiones campanudas como Flechier, no busca lo brillante de la poesía como Bossuet; pero lleno de rectitud y de severidad, cortado y vehemente en las frases, claro y sólido en el argumentar, reúne la sencillez de la expresión cristiana á la sublimidad del pensamiento, que sabe adoptar á la inteligencia del pueblo; hermana la vehemencia con la unción, la libertad con la precisión, mucho fervor con mucha luz. Si no asestó sus tiros á la frente de los reyes, como era de desear al ver la relajación de los poderosos, tampoco hace excepcion alguna en la ley cristiana; encadena de un modo lento pero irresistible por medio de una fuerza oculta, y mas de una vez descarga golpes de aquellos que abaten los ánimos audaces y ensoberbecidos. « ¡ Cuántos grandes serán condenados precisamente por las cosas que les granjean la admiración ó los aplausos de los pueblos! Eran elogiados por sus empresas, y sus empresas solian ser injusticias enormes; adquirian celebridad por sus conquistas, y sus conquistas no eran comunmente mas que públicos latrocinios. » Estas palabras de Bourdaloue (1) protegidas por la autoridad de San Agustin, debian hacer gran sensación, pronunciadas ante los cortesanos de Luis XIV.

Massil-
lon.
1663-
1742.

En Massillon, de Hières, los castos adornos disimulan la falta de grandeza que generalmente caracteriza sus planes. Como á su aparición ya no impregnaban la atmósfera las grandezas del rey Luis, no pretendió, como Bossuet, someter á un solo yugo todas las opiniones y voluntades de los hombres, que para nada se tomaban en cuenta. En vez de la elocuencia fulminante, emplea la persuasión por grados, penetra y va llenando poco á poco el corazón; usa un lenguaje florido y limpio, pero mas tímido, cual era el lenguaje francés en aquella época. Predicando en el adviento de 1699, ostenta desnudas y severísimas las verdades; y en su

(1) Sur l'état du péché.

sermon acerca del corto número de los elegidos, el auditorio se levantó con espanto. En el *Pequeño cuaresmal* de 1717 temple su palabra conforme á la delicadeza de la corte, coloca la moral en el lugar del dogma, gime en vez de amenazar; pero sustituye las imágenes de absoluto dominio de los reyes ostentadas por Bossuet con las de sus deberes como padres. Sobre la tumba del príncipe que había deslumbrado al siglo, exclamó: « Dios solo es grande; » y si exhorta á los súbditos á la obediencia, recuerda al príncipe que es necesario hacerse acreedor á ella respetando los derechos de la nación.

Inferior á estos en los *Discursos morales* el padre La Rue, Parisiense, tiene felicísimas inspiraciones y movimientos patéticos en los *Elogios fúnebres*; pero gusta de lo hiperbólico y de lo alambicado, de tal manera que un cortesano tuvo ocasion de decirle: « Padre, mién- » tras nos presentéis razones os oiremos de muy » buena gana; pero no nos vengáis con sutile- » zas de ingenio, porque muchos de nosotros » podemos verter en una estrofa mas que mu- » chos predicadores en todo un cuaresmal. » Era ponderado sobre los demas por su bellísima declamación; pero hubiera querido, como Massillon, que los sermones se leyeran, para no perder tiempo en estudiarlos de memoria.

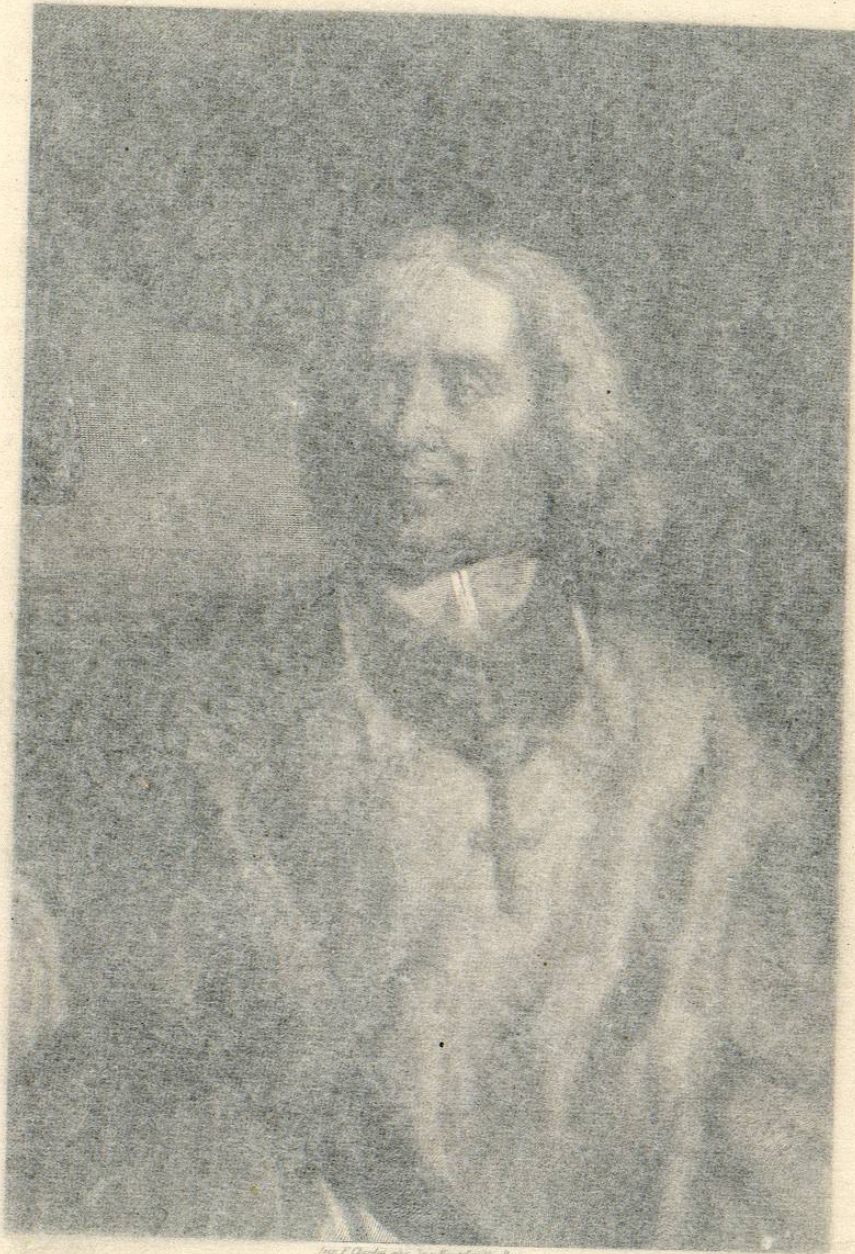
Al lado de tan respetables nombres, la Italia solo puede presentar el de Segneri, y aun sin que pueda sostener la competencia. Entre los protestantes, el hombre abatido por el rigor de la predestinación mengua en amor, en voluntad, en acción: le es imposible la elocuencia: solo puede dar palabras acompasadas y frias que cuando mas incitarán al odio y á la cólera, como se ve en Saurin, que carece de unción, y cuando piensa encontrarla cae en una jerigonza hueca, exagerada y llorona. Los Ingleses elogian en Barrow la recta moral, el temple de alma, la amplitud, la facundia exenta de declamación. Sus ocho sermones acerca del modo de enfrenar la lengua, sermones puramente filosóficos, tienen sabor arminiano; solo se fundan en motivos racionales y hasta mundanos. Las cualidades que caracterizan al orador popular dieron fama á South, el cual tiene novedad en algunas ideas, es picante por ciertas formas de razonamiento y natural en sus frases, donde arriesga modismos familiares que despues llegaron á ser triviales. Tilotson fué mas leído; pero locuaz y enervado, se revuelve en interminables controversias contra Católicos y calvinistas, y establece los cánones de la religion natural no solo como base de la revelación, sino como coincidiendo en extensión con el Cristianismo. Escandalizó á los santurriones de su país, recomendando las buenas obras con preferencia á las buenas opiniones.

No conociendo Aleman ni Español alguno que merezca ser citado, nos apresuramos á tratar del que es considerado como príncipe de la elocuencia. Y elocuencia empleaba Jacobo Benigno

La Rue.
1643-
1725.

1630-94.

Bossuet.
1627-
1704.



BOSSUET

Bossuet, natural de Dijon, en todas sus cosas : en la controversia, en el ataque, en la teología, en la política, en el explicar la verdad y en el refutar los errores ; trasmitiendo á los demas sus propias sensaciones, inspirando el convencimiento sin imponerlo. ¡ Bellísimo teatro encontró abierto ! Un gran rey á quien recordar la nada de las grandezas en medio de los ruidosos aplausos, una Vallière á quien consolar, un Fenelon á quien redargüir, protestantes que combatir, libertades clericales que fijar. Los laureles conquistados por Turena los ciñe él, que supo convertirlo ; consuélase la Francia de los males que sufre, fijando su esperanza en el delfin, á quien él educaba : las victorias de Condé, las desgracias de la familia real de Inglaterra, se ofrecen á porfia á sus meditaciones y á conmover su ánimo.

No se mostró Bossuet inferior á la importancia de tales asuntos : nunca la palabra humana reunió tanta correccion á tanto vigor, tanto ímpetu á tanta esplendidez. Creció en convicción al ver el admirable acuerdo que reina entre los santos padres, cuya elevacion era capaz de comprender, y la soledad le comunicó toda la fuerza y originalidad posible. Lanzado despues al mundo y á los negocios, dirige constantemente sus miras al gran objeto de la unidad nacional, así como Ciceron las dirigia á la majestad de la patria, y tranquilo y seguro como ella, habla con la dignidad de un soberano nunca contrastado : noble sencillez que constituye su grandeza, persuadiendo porque está persuadido, conmoviendo porque está conmovido. Digamos ademas que nada publicó, como no fuese por obediencia ó por deber. Sesenta años despues de su muerte se imprimieron sus *Sermones*, que serian sus obras maestras, si no hubiese compuesto las *Oraciones fúnebres* (1). En este campo, falto de modelos antiguos, en presencia del trono y de la tumba, con imágenes siempre nobles, con pensamientos de vasta aplicacion y cual convienen al heterogéneo auditorio de las iglesias (poco capaz de comprender otros mas profundos y originales) ; con conceptos agudos, y sin embargo llenos de verdad, con armonía entre las partes y el todo, nada tiene de sutil ni de alambicado ; y si tal vez amplifica mas de lo que convendria á la palabra de Dios, está justificado por el género á que pertenece su trabajo. Lo cierto es que entre la sin igual magni-

(1) ¿ Por qué motivo á ningun contemporáneo de Bossuet se ve admirado de su elocuencia ? ¿ por qué no le ponen en parangon con Bourdaloue ? ¿ cómo sucede que jamas haga mencion de él la Sevigné ? Sienta este problema el cardenal de Bausset en su importante obra *Hist. de Bossuet*, publicada en Paris el año 1814 en 4 tomos, pero sin saber cómo resolverlo.

Verificóse una vez que se dieron á luz sus sermones, pero con muchos cambios y pretendidas correcciones, como que no estaban anotados mas que en pedacitos sueltos. Desde entonces se han reunido estos, y despues de haberlos estudiado otra vez, y con la reverencia debida, se está haciendo en la actualidad (1863) una edicion en la cual con toda claridad se echa de ver aquella familiar elocuencia, que tal vez le inspiró San Vicente de Paul, con quien quizas tuvo lugar de trabajar.

ficencia de su siglo y de su rey, discurre continuamente sobre la nada de los grandes, complaciéndose en rebajarlos con comparaciones hasta denigrantes ; y ante la severidad del sepulcro comun, califica de juguetes deleznable las coronas, la ciencia, el valor y la hermosura (1).

¡ Qué espectáculo el de Bossuet, que ornado de sus canas y sus virtudes, al pié de la tumba de Condé, consagra los elogios de una gloria percedera enlazándolos con elogios tributados á una gloria inmortal ! ¿ Quién mejor que él puede dar á conocer la mano de Dios que por secretas vias conduce al hombre y las naciones ? La demostracion de esta verdad que sus mas magnificas concepciones encierran, fué el principal objeto de su *Discurso sobre la historia universal*, uno de los muchos buenos libros á que dió motivo la educacion del delfin, así como el tratado *Del conocimiento de Dios y de sí mismo*, y la *Política de las Sagradas Escrituras*, que son textos de los santos padres, enlazados unos á otros por medio de buenas palabras, donde imita perfectísimamente su estilo y sus ideas. En los mencionados libros no trata de indagar los secretos del mundo, sino la verdad eterna ; no pone límites al poder de los

(1) Se hacen á Bossuet algunos cargos de haber adulado á los que estaban en el poder. Pero es menester trasportarse á un tiempo en que poetas, prosistas, artistas, cortesanos, pueblo, hincaban del modo mas servil la rodilla delante de Luis XIV. Entonces se hallará que hasta en la Iglesia se habia refugiado la noble independencia, en las protestas de los solitarios de Puerto Real (véase), en las declamaciones de Fenelon, en las alusiones de Bossuet, el cual, en medio de los aplausos de la felicidad, repetidos por la aduladora muchedumbre, no reparaba en decir desde el púlpito : — « En las provincias, en esta misma metrópoli, en medio de tantos placeres, de tantos excesos, están pereciendo de hambre ó desesperacion una infinidad de familias. ¡ Verdad cierta, pública, y constante ! Oh calamidad de nuestros dias ! ¿ qué contento nos es posible experimentar ? No me estéis preguntando hasta qué punto llega el deber de socorrer á los pobres. Todo reparo resuelve el hambre ; toda cuestion queda decidida con la desesperacion. Á tal situacion nos vemos reducidos, que cualquiera que no ayude á su prójimo con todo su poder, reo es de su muerte. Soberano señor, ahí está todo cuanto á V. M. puede decir un súbdito ; lo demas debe decirse á Dios. » Y otra vez : « Soberano señor, conocidas tenéis las necesidades de vuestros pueblos, el peso que excede sus fuerzas : alguna cosa grande está pensando V. M., que no entró en los destinos de vuestros antecesores. Sed fiel á Dios, no pongáis, con vuestros pecados, obstáculo á las cosas que se están preparando. »

Y ya que los hombres graciosos le ponian entre los dioses, como en nuestros dias se pone á Napoleon, Bossuet exclamaba : « ¡ Oh dioses de carne y sangre ! oh dioses de tierra y polvo ! tenéis que morir lo mismo que otro hombre cualquiera. Los principes, los magnates deberian hacerse los dioses de los hombres procurando su bien con todo su poder ; pero dónde se hallarán en la tierra hombres hechos así ? Bien estamos viendo que no falta ostentacion, ni doseles, ni palacios de reyes, ni otras señales de grandeza ; pero no son ni dioses, ni imágenes vivas del poder de Dios, los que con tanta magnificencia se adornan ; sino mas bien ídolos mudos que no hablan por el bien de los hombres. Desconsolada está la tierra. Gimiendo están los pobres ; oprimidos se ven los inocentes ; el ídolo está oliendo el incienso, recibiendo adoraciones, viendo caer víctimas á sus piés, pero no alarga el brazo para hacer el bien. »

Y en otra parte : « Árbitro del universo, superior hasta de la fortuna, si algo fuera la fortuna, quien todo lo puede, no tiene bastante poder ; quien todo lo puede, por lo comun vuelve su poder contra sí mismo : y cuando el mundo lo concede todo, difícil es negarse algo á sí mismo. »

(Nota de 1863.)